

OBJETIVOS DEL DÍA “PRO ORANTIBUS”

- 1. Oración a favor de los religiosos y religiosas de vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan ellos y ellas, y el rico patrimonio espiritual de sus institutos en la Iglesia.**
- 2. Catequesis para dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia.**
- 3. Iniciativas pastorales dirigidas a promover la vida de oración y la dimensión contemplativa en las iglesias particulares; dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando, en todo caso, las debidas exigencias y las leyes de la clausura.**

**Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada
c/ Añastro, 1 · 28033 Madrid · Tel. 913439652**

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA



En el corazón de la Iglesia y del mundo, escuelas de fe y parábola de comunión

Las diversas formas de Vida Consagrada son para todo el Pueblo de Dios una gracia con la que el Señor nos bendice a cada generación cristiana. Efectivamente, son visibles y palpables los espacios en los que el ardor misionero de una evangelización eclesial explícita, el trabajo educativo con niños y jóvenes, la solicitud caritativa hacia los pobres, los enfermos o los ancianos, llenan hermosas páginas de testimonio evangélico. Pero hay una presencia especial que por su peculiar índole, la Iglesia quiere subrayar de un modo particular: los monjes y monjas contemplativos. Para todas las formas de Vida Consagrada tenemos ya una jornada mundial común el día 2 de febrero, pero para los contemplativos la Iglesia señala una fecha propia, celebrada –y no por casualidad– el domingo de la Santísima Trinidad: es la Jornada Pro Orantibus, la Jornada por aquellos que oran. Se trata de una cita discreta y silenciosa con cuantos discreta y silenciosamente oran por toda la Iglesia y la Humanidad.

Este año se subraya en el lema de la Jornada que ellos son un reclamo, una escuela de fe y de comunión en el corazón de esta Iglesia y de este mundo. Sus vidas han sido elegidas por el Señor, es decir, no se han elegido a sí mismas. Y es en y ante esa llamada que pronuncian los labios creadores de Dios, como ellos se descubren hermanos y como se atreven a presentarse precisamente como una parábola de honda fraternidad. Como dice la Exhortación Vita Consecrata, “los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu, escuelas de fe y verdaderos laboratorios de estudio, de diálogo y de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena, en espera de aquella celestial” (n.16).

Por eso, cuando vemos que no es fácil la unidad entre los pueblos y entre las personas, los contemplativos nos ofrecen sus vidas como esa saludable parábola que enseña y comenta sin palabras el deseo de Jesús: Padre, que todos sean uno para que el mundo crea (Jn 17). Como dice el Papa Benedicto XVI en su encíclica, “el Espíritu es la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano” (*Deus Caritas est*, 19). Este es el testimonio de los contemplativos y su quehacer intercesor, desde esa escuela de fe y de comunión que representan sus respectivos monasterios claustrales. Por este motivo, en esta Jornada Pro Orantibus, nos unimos al reconocimiento agradecido de toda la Iglesia por estos buenos hermanos y hermanas que nos acercan en su fidelidad a la llamada recibida, el deseo de Jesús de vivir la comunión.

† Jesús Sanz Montes, OFM
Obispo de Huesca y de Jaca
Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN DE ENTRADA

En este Domingo la Iglesia celebra la fiesta solemne de la Santísima Trinidad, misterio central de nuestra fe en el que se fundamenta toda la vida cristiana. El Misterio de Dios se hace cercano en el testimonio de cuantos le buscan «no anteponiendo nada al amor de Cristo».

Precisamente en este marco litúrgico, hoy también recordamos a aquellos que en la Iglesia son llamados a la vida contemplativa: hombres y mujeres que dejando la vida según el mundo, se dedican totalmente a Dios.

Al conciliar armónicamente la vida interior con el trabajo en el compromiso evangélico por la conversión de las costumbres, y la asidua dedicación a la meditación de la Palabra, la celebración de la liturgia y la oración, los monasterios han sido y siguen siendo, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu, auténticas escuelas de fe en el corazón de la Iglesia y del mundo, como dice el lema de este año.

PRECES

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas tres específicas]

- Por los monjes y monjas contemplativos, para que el vigor de su vida espiritual, consagrada a Dios en la Iglesia sea testimonio ante el mundo del poder de la gracia y la actualidad del Evangelio. *Oremos.*
- Por las familias, para que sean auténtica escuela de fe donde los niños reciban el alimento de la vida cristiana, y por todos los jóvenes a quienes Dios llama a la consagración religiosa, para que acojan con gozo este don y sigan a Jesucristo con generosidad y radicalidad. *Oremos.*
- Por quienes estamos participando en esta celebración, para que, aumentando en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, sepamos testimoniar y transmitir los valores evangélicos con el ejemplo de la propia vida. *Oremos.*

MONICIÓN DE ENVÍO

Con gozo hemos celebrado los misterios de nuestra fe. Como Pueblo de Dios convocado a edificar su Reino, nos unimos a todos los hermanos y hermanas que viven en contemplación, desde el silencio y soledad de sus monasterios, damos gracias a la Santísima Trinidad por el don de sus vocaciones, y junto con ellos avivamos en nosotros el deseo de vivir en santidad confesando nuestra fe para que el mundo conozca el Amor divino.

Que la Virgen María, «primera discípula», nos guíe y acompañe.

TESTIMONIO DE VIDA CONTEMPLATIVA

Cuando preguntaron a Jesús: “Maestro, ¿qué es la fe?” Él no dijo es esto o aquello. Sólo dijo: “Si tuvierais fe como un granito de mostaza le diríais a ese monte ‘Quítate de ahí y arrójate al mar’ y lo haría”. Si pienso en estos años vividos en el Monasterio creo que la mejor manera de definirlos sería como “**escuela de fe**”. En un principio mi opción, vida monástica agustiniana y con la tarea de la educación como dimensión peculiar de nuestro hacer contemplativo, fue apuntar directamente a una cosa: quería ser feliz. Sin embargo el monasterio está siendo, es, para mí, mucho más que la respuesta a esa ansia de felicidad que me trajo hasta aquí. Es la tierra adecuada dónde está brotando algo más hondo y que se va haciendo más fuerte, más fuerte aún que esa primera búsqueda. Es una necesidad vital: el instinto de buscar a Dios. ¿Se puede vivir en un Monasterio y no tener fe? ¿Se puede uno sumergir bajo el agua sin que, llegado el momento todo el ser pugne por subir a la superficie y respirar? Cada una de las facetas que constituyen nuestra vida según el carisma recibido de Ntro. Padre San Agustín: la **interioridad** y la **oración**, la **vida fraterna**, el **silencio**, el contacto asiduo con la **Palabra de Dios**, la **liturgia vivida** y el **servicio a los hermanos** es una inmersión en la vida de Dios que te pide la fe a gritos para seguir respirando. Y Jesús vuelve a decirme: “Si tuvierais fe como un granito de mostaza...”.

“Si tienes fe como un granito de mostaza...” La **interioridad** se hace camino, luminoso u oscuro, difícil o despejado, pero camino al fin, para encontrar la verdad sobre ti. Y llegas a un espacio habitado, la casa del Amor y del asombro por el Amor, el espacio de los encuentros verdaderos, del diálogo permanente: “¿qué piensas Tú de esto, Jesús?; ¿cómo lo ves Tú?” Para experimentar cómo Él te coloca en el sitio exacto desde el que mirar y ver, alejándote un poco de las apreturas de tus cosas. Aquí empiezas a tener la segura confianza de estar en casa. Aún cuando no sientas o no veas ya sabes que tienes un lugar desde el que vivir “sobre roca”. Vivir de otra manera supone un estar fuera de sitio que te hace volver a retomar, una y otra vez, el camino del corazón.

“Si tienes fe como un granito de mostaza...” La **oración** es estar, tú y Dios. No tanto un darme vueltas sino decir “Tú” para caer en la cuenta de que esa misma palabra la está diciendo Él. El asombro vuelve, tal vez para no irse más, cuando escuchas a Jesús decir “Te amo”, cuando el Espíritu hace brotar no sabes muy bien de qué profundidades el grito “Papá” y se convierte en el oxígeno del alma. Es ver a Jesús vivo y alimentarse de El, es acudir a la **Eucaristía** para adorar, estar y recuperar el sentido de la realidad. Es conectarse al corazón de Dios, una gigantesca caja de resonancia donde resuenan todos los SOS que lanza el mundo, y sentirte llevada más allá del egocentrismo, hacia tus hermanos más próximos y más lejanos. Es la compasión, pasión que Jesús te mete dentro y que ya no te permite estar tranquila con “lo tuyo”: “Padre, ya no puedo ir a ti sin mis hermano porque Jesús volvió conmigo a Ti”.

“Si tienes fe como un granito de mostaza...” La casa del Amor que tienes dentro es la **Comunidad** en la que habitas. Son los rostros, las sonrisas, las miradas, los

detalles de cariño ocultos en lo cotidiano. Es el proyecto de vida profundamente humano porque es profundamente compartido. Es el espacio en el que vivir siendo uno, en el que amar a Dios a quien no veo en mis Hermanas a las que veo, y de las que conozco cuánto y cómo Él las ama. Es el espacio en el que ¡de nuevo! el asombro vuelve a surgir al reconocer el hacer y el decir de DIOS en cada una. Es el espacio de salvación, de protección y de impulso que Dios me regala, el jardín en el que florecer dando mi color y perfume particular.

“Si tienes fe como un granito de mostaza...” El **silencio** se hace ambiente propicio para vivir a la escucha de la Palabra y de los otros. Desde el silencio puedes dar un paso atrás para mirar sin juzgar, para respetar el ritmo de Dios en lo que realmente pasa; desde el silencio puedes dar un paso adelante por sentir la urgencia de Dios que te llama a hacer algo.

“Si tienes fe como un granito de mostaza...” En la **Liturgia** puedes estar allí mismo donde ocurre la historia de nuestra salvación siendo una con Jesús que se entrega por los hombres. Puedes oír su Voz en tu voz, unirte a la Iglesia entera del cielo y de la tierra celebrando fiesta por su Dios y rezar por el mundo entero.

“Si tienes fe como un granito de mostaza...” El **trabajo comunitario** es un servicio a Cristo y a la Iglesia, es un encuentro con Él en el que poder expresarle tu amor. Es llevar a Jesús hagas lo que hagas: dar clase, limpiar un pasillo, preparar la iglesia, jugar en un recreo con los niños,... todo brotará de esa Fuente escondida y sabrás, sin ver, que se está realizando el milagro del Amor y ¡de nuevo! surgirá el asombro ante la ternura de Dios que pasa a través de ti sin que tú misma sepas cómo.

Las monjas somos gente normal. Como hijas de nuestro tiempo traemos en el corazón las mismas angustias, temores, ansiedad, prisas y egocentrismo que nuestros hermanos. Nada de eso se evapora como por encanto por traspasar las puertas de un monasterio. Te sumerges en la cotidianeidad de la vida comunitaria y se va simplificando todo y las heridas del corazón van quedando al descubierto. Y te das cuenta de que no eres distinta del resto de los hombres, y que “tu opción” es la opción de Otro que te ha llamado y te ha conducido y a quien ahora de forma más consciente vuelves a dar la prioridad total en tu vida. Y sientes por un lado como en tu ser sigue resonando: “yo quiero”, “yo busco”, “mi perfección”, “mi santidad”, ... y por otro esa fuerza irresistible que te hace permanecer en contra de ti misma pronunciando tenazmente, constantemente, tercamente incluso, una sola palabra: “Tú”, “Tú”, “Tú”... Y esto, cada vez, momento a momento, paso a paso, caminando en la esperanza de volver a encontrar ese corazón de niño, esa mirada simple, entrenada para descubrir el paso de Dios en cada pequeño detalle de la vida, en cada acontecimiento, en cada Hermano, en la Iglesia, en la Historia, en el Mundo...

Sor Patricia Lázaro Domínguez
Agustinas Contemplativas Monasterio de San Ildefonso
(Talavera de la Reina)

REFLEXIÓN

El lema de este año nos invita a contemplar la vida monástica como escuela de fe que nos enseña a crecer en la vida cristiana.

En esta escuela, aprendemos a *confiarnos en el amor de Dios*. «El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados» (Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 17). El hombre se reconoce en lo más íntimo cuando se siente amado. La presencia entre nosotros de personas que se han confiado plenamente a Dios y a su amor, haciéndose testimonio de la belleza divina, nos anima a salir de nosotros mismos, confiándonos en quien es la fuente de la plenitud que ansía el corazón.

En esta escuela nos sentimos llamados a la *conversión*. Los monasterios son escuelas de fe porque invitan a cambiar mentalidades, actitudes, costumbres, posiciones vitales que nos alejan de Dios, para abrirnos a la gracia y orientar nuestra mirada al Maestro.

En esta escuela aprendemos también el significado de la *evangelización*. Siguen resonando en nuestro corazón las palabras de la exhortación apostólica sobre *La Evangelización en el mundo contemporáneo*: «Se ha repetido frecuentemente en nuestros días que este siglo siente sed de autenticidad. (...) Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. (...) El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda.» (Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 76). La forma de vida de los monjes y monjas son presencia en el mundo de esta íntima aspiración a la santidad.

Que esta Jornada que hoy celebramos sea de acción de gracias y de suplica al Espíritu Santo para que convoque nuevas y santas vocaciones a la vida consagrada contemplativa. Lo encomendamos a la Virgen María, «primera discípula», Madre y Maestra de la vida espiritual.

Lourdes Grosso García, m.id
Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal
para la Vida Consagrada

«Buscáis los caminos oportunos para impulsar en el nuevo milenio la experiencia monástica, que la Iglesia necesita también hoy, porque reconoce en ella el testimonio elocuente del primado de Dios, constantemente alabado, adorado. Servido y amado con toda la mente, con toda el alma y con todo el corazón (cf. Mt 22, 37)»

(Benedicto XVI, 25.9.2005)

Vida monástica en Oriente y en Occidente

«Los Padres sinodales de las Iglesias católicas orientales y los representantes de las otras Iglesias de Oriente han señalado en sus intervenciones *los valores evangélicos de la vida monástica*, surgida ya desde los inicios del cristianismo y floreciente todavía en sus territorios, especialmente en las Iglesias ortodoxas. Desde los primeros siglos de la Iglesia ha habido hombres y mujeres que se han sentido llamados a imitar la condición de siervo del Verbo encarnado y han seguido sus huellas viviendo de modo específico y radical, en la profesión monástica, las exigencias derivadas de la participación bautismal en el misterio pascual de su muerte y resurrección. De este modo, haciéndose portadores de la Cruz (*staurophóroi*), se han comprometido a ser portadores del Espíritu (*pneumatophóroi*), hombres y mujeres auténticamente espirituales, capaces de fecundar secretamente la historia con la alabanza y la intercesión continua, con los consejos ascéticos y las obras de caridad. Con el propósito de transfigurar el mundo y la vida en espera de la definitiva visión del rostro de Dios, el monacato oriental da la prioridad a la conversión, la renuncia de sí mismo y la compunción del corazón, a la búsqueda de la *esichia*, es decir, de la paz interior, y a la oración incesante, al ayuno y las vigilias, al combate espiritual y al silencio, a la alegría pascual por la presencia del Señor y por la espera de su venida definitiva, al ofrecimiento de sí mismo y de los propios bienes, vivido en la santa comunión del cenobio o en la soledad eremítica. Occidente ha practicado también desde los primeros siglos de la Iglesia la vida monástica y ha conocido su gran variedad de expresiones tanto en el ámbito cenobítico como en el eremítico. En su forma actual, inspirada principalmente en san Benito, el monacato occidental es heredero de tantos hombres y mujeres que, dejando la vida según el mundo, buscaron a Dios y se dedicaron a El, “no anteponiendo nada al amor de Cristo”. Los monjes de hoy también se esfuerzan en *conciliar armónicamente la vida interior y el trabajo* en el compromiso evangélico por la conversión de las costumbres, la obediencia, la estabilidad y la asidua dedicación a la meditación de la Palabra (*lectio divina*), la celebración de la liturgia y la oración. Los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu, escuelas de fe y verdaderos laboratorios de estudio, de diálogo y de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena, en espera de aquella celestial.»

(*Vita consecrata*, 6)